

Los conocimientos en trabajo social: elogio del eclecticismo¹

*Knowledge and social work:
in praise of eclecticism*

Jean-Pierre Deslauriers

TRABAJO SOCIAL GLOBAL 2010, 1 (1) 39-58

<http://tsghipatiaeditorial.com/index.php/tsg1>

La ciencia está en el origen del trabajo social. En efecto, el objetivo que perseguía Mary Richmond al conceptualizar la disciplina de trabajo social consistía en reemplazar las creencias religiosas por un enfoque racional. Así pues, el conocimiento científico se inscribe en el corazón del trabajo social desde el principio. Dicho esto, las grandes teorías son menos útiles en la práctica de una profesión cuya finalidad es ayudar a las personas que viven las situaciones más diversas. Esta es la razón por la cual el trabajo social se construye a partir de una base ecléctica: el trabajador social eficaz toma de un vasto conjunto de nociones, en apariencia dispares, aquellas que mejor se adaptan a la situación. Ahora bien, ¿cómo enseñar este conocimiento práctico a los estudiantes de trabajo social? Este artículo trata de estas cuestiones y propone algunas pistas de reflexión.

Science is closely related to social work, from its very origin. In fact, with the conceptualization of social work, Mary Richmond's objective was to replace religious beliefs by a more rational approach. Thus, right from its beginning, the scientific knowledge was at the core of social work. This being said, grand theories are less appropriate to the practice of social work because this profession deals with persons living in particular situations. That is why social work is built upon an eclectic basis : social worker has to draw from a vast array of notions and theories to borrow bits and pieces which will help to explain and attenuate problem experienced by persons. Now, this practical knowledge can be taught to students in social work? This article deals with these questions and proposes some reflections.

PC.- conocimiento, trabajo social, eclecticismo, constructivismo, formación.
KW.- Values, duties, quality of life, moral dilemmas, professional identity

¹¹ Art. original en francés. Trad. al castellano de Carmen Tello

Introducción

En 1999, el Ordre professionnel des travailleurs sociaux du Québec organizó lo que se ha llamado los Estados generales de la profesión. En un documento de reflexión, elaborado para iniciar la misma, se podía leer a propósito de la identidad profesional: “En trabajo social, se plantean al respecto tres dificultades, a saber: no siempre se sabe quiénes somos exactamente; se sabe pero no se sabe cómo explicarlo a los demás; en fin, se sabe, pero no siempre se quiere que los otros lo sepan” (Ordre professionnel des travailleurs sociaux du Québec, 1998, p.9). Esta humorada ha puesto de manifiesto una vez más la sempiterna definición del trabajo social, cuestión que resurge en casi todas las sociedades en donde está implantada esta profesión.

De hecho, ¿es una profesión el trabajo social? Otra pregunta que vuelve una y otra vez. Nosotros le hemos dado un principio de respuesta. En efecto, la Asociación internacional de escuelas de trabajo social y la Federación internacional de trabajadores sociales se han puesto de acuerdo en una definición de la profesión (2001). Este acuerdo es el resultado de discusiones que se han desarrollado durante varios años. Este trabajo no ha sido inútil pues, por el momento, esta definición parece ser objeto de asentimiento general. Se plantea, no obstante, la espinosa cuestión del contenido de la formación y de la práctica: ¿Cuáles son los conocimientos requeridos para practicar el trabajo social?

En este apartado presentaremos, en primer lugar, la posición del trabajo social vis- a- vis de la teoría de la ciencia: ¿cómo se sitúa nuestra disciplina en el universo abstracto de los conocimientos? En segundo lugar, y este será el núcleo de este artículo, describiremos tres tipos de relación del trabajo social con el conocimiento científico: la gran teoría integradora, el eclecticismo y el constructivismo. Finalmente, presentaremos los diferentes niveles de formación en trabajo social, así como el contenido que deberán ofrecer (Advertimos que estos niveles se remiten a la formación ofrecida en trabajo social en América del Norte).

El trabajo social y la ciencia

La profesión de trabajo social ha reemplazado la religión por la ciencia en la comprensión y el tratamiento de los problemas sociales. Los problemas sociales ya no son una manifestación del vicio, ni el resultado de un comportamiento inmoral sino el resultado de una disfunción social. Desde el punto de vista de la secularización de la sociedad norteamericana, esta sustitución señala un progreso: la comprensión de los problemas sociales se hace posible porque parte de una comprensión científica.

Contra la idea de que la ayuda a los necesitados concernía a todo el mundo como consecuencia de unas u otras ideas religiosas, las primeras generaciones de trabajadoras sociales transmi-

tían la convicción de que el Trabajo Social implicaba algo más que la caridad y el voluntarismo. La miseria, la marginación y la pobreza afectaba a tantas personas, que se imponía un análisis científico de los problemas y, por tanto, ya no era una cuestión meramente ética (Miranda Aranda, 2007, p. 19)

Mary Richmond fue la primera en conceptualizar esta orientación del trabajo social: a partir de un estudio empírico, teorizó una práctica del trabajo social en donde la caridad era reemplazada por una administración de la ayuda financiera más neutral y orientada por la justicia, en lugar de la caridad (Miranda Aranda, 2004, p. 215). Desde este punto de vista, la racionalización era una manera de hacer triunfar la justicia a través de la ciencia y de secularizar la definición de los problemas sociales. La expresión de la caridad científica significaba precisamente que había que aplicar el método científico a la distribución de los recursos financieros que las diferentes congregaciones religiosas obtenían de sus fieles.

Dicho esto, ¿Cuál es el estatuto de la teoría en una profesión como el trabajo social y cuál es la teoría que le marca una dirección? Sin duda ésta ocupa un lugar importante en la estructura de los servicios sociales pero tiene dificultad para hacerse de un espacio propio. Y esto por dos razones. En primer lugar, en los países desarrollados, el trabajo social es una profesión cuyo empleador es el Estado.

El hecho de trabajar en organismos en su mayoría subvencionados por algún nivel del Estado, sea central, regional o municipal, plantea una problemática muy compleja para las prácticas y prácticos, no solo en relación a su autonomía profesional, sino también con respecto a su compromiso social con la clientela (Lecomte, 2000, p.29).

Por otra parte, si bien el trabajo social se ha convertido en una profesión *mamut* que encontramos en muchos campos de actividad (Gisberg, 2005, citado en Suppes y Cressy Wells, 2009, p.527), su estatuto sigue siendo precario. En efecto, no puede sacar partido de esta posición de fuerza porque ocupa en casi todas partes una posición subordinada. Empleadas por el Estado, las trabajadoras sociales deben resolver problemas concretos de disfunción social. Tenemos un ejemplo patente en el estudio sectorial sobre el trabajo social. Es, hasta el momento, la investigación más seria sobre el trabajo social realizada en Canadá (Étude sectorielle en travail social, 2001). En el curso de esta encuesta, cuando los empleadores fueron interrogados sobre las competencias que deberían tener los futuros diplomados en trabajo social, éstos mencionaban en primer lugar las cualidades personales: capacidad para trabajar en equipo, de forma autónoma y bajo presión, capacidad de comunicación, dominio informático, etc.. La enumeración de estas cualidades se parece bastante a lo que cualquier empleador

podría esperar de un empleado, con o sin estatuto profesional (Estudio sectorial sobre el trabajo social, 2001, p.126). A continuación, sigue una lista de los campos de práctica en donde van a actuar los trabajadores sociales: campos tradicionales como la pobreza y los servicios a la infancia y a la familia o salud mental, y también más recientes como el racismo, la interculturalidad, el envejecimiento (Idem, p.140). ¿Y la teoría?. Ni una palabra: no es importante. Si funciona, vale. Como decía Deng Xiaoping, el artesano de las reformas económicas que han propulsado a China al primer plano, “Poco importa que el gato sea negro o gris: si atrapa ratones, es un buen gato”. ¡Los administradores de los servicios sociales no rechazarían este propósito!

Como empleado del Estado, el trabajador social está sometido a unas reglas de una administración que, como toda administración, le gusta prever y controlar. Como resultado de ello, se tratará de integrar la profesión en un marco que prescriba medidas precisas que pretenden cambiar la vida de la persona. Pensamos aquí en los sistemas expertos que circunscriben la práctica del trabajo social y que sirven para evaluarlo. Es lo que Parton y O’Byrne llaman el enfoque racional-técnico, semejante al enfoque racional legal de Weber, enfoque que sirve para hacer un seguimiento de la intervención, para darle una forma estadística destinada a medir con la mayor precisión posible. “La práctica profesional rigurosa es definida como aquella que debe su rigor a técnicas descriptivas, verificables y refutables, emanadas de la investigación científica y que se basan en un conocimiento objetivo, unánime, acumulativo y convergente” (Parton y O’Byrne, 2000, p.31). Desde este punto de vista, el trabajo social está llamado a convertirse en una especie de ingeniería social.

He aquí el dilema del trabajo social: ¡no controla el medio en el que realiza su práctica y se le pide que controle su teoría!

De la gran teoría al eclecticismo: El constructivismo

Han sido numerosas las críticas que deploran que el trabajo social navegue en un mar de teorías y que carezca de una teoría integradora, es decir, una teoría única. Otras han pretendido, por el contrario, que el eclecticismo era una opción perfecta para el desarrollo teórico de la profesión. Finalmente, ha aparecido una nueva corriente de pensamiento que proporciona una base teórica al eclecticismo: el constructivismo. Vamos a examinar estos tres puntos de vista.

La gran teoría

La gran teoría está asociada a la irrupción de la modernidad. A partir del siglo XVIII, la sociedad europea se caracteriza por una gran confianza en la razón: la ciencia debía imponerse sobre la tradi-

ción y la religión como forma de conocer la realidad.

Son considerados rasgos característicos de la modernidad: la comprensión de la historia como un proceso con una dirección precisa y orientada hacia el progreso; el intento de formular categorías de experiencia universales; la idea de que la razón puede proporcionar una base para todas las actividades [...] El principio director de la modernidad es la búsqueda de fundamentos del conocimiento que sean sólidos. La razón tiende a descubrir las ideas constitutivas relativas al mundo, pero pretende que la verdad no se encuentra en la superficie de las cosas sino que está oculta bajo las apariencias (Parton y O'Byrne, 2000, p.19).

Desde sus inicios el trabajo social no ha cesado de reclamar la formulación de una teoría integradora. Definida brevemente, una teoría es un sistema de conceptos y de hipótesis que nos permiten explicar y predecir los fenómenos (Kirk y Reid, 2002, p.18). Hay varios tipos de teorías, pero la más aceptada está próxima a lo que nosotros definimos como una gran teoría, es decir un marco conceptual muy amplio que puede explicar una gran variedad de fenómenos sociales. Las ciencias humanas se sienten atraídas por esta aventura del conocimiento objetivo y de la teoría irrefutable. Un conocimiento objetivo nos llevaría a una acción racional y eficaz. Esta tendencia descansaría sobre varias condiciones previas: una realidad externa de la que podemos obtener un conocimiento objetivo y cierto, este conocimiento se presenta como equivalente a la verdad; quienes poseen este conocimiento-verdad son considerados expertos (Parton y O'Byrne, 2000, p.20).

Desde este punto de vista, el trabajo social se debate entre dos polos difícilmente conciliables. Por una parte, el trabajo social es una disciplina académica, al igual que las otras ciencias sociales (sociología, economía, ciencias políticas, psicología). Enseñada en las mismas facultades que las otras, está sometida a las mismas exigencias: investigar, desarrollar conocimientos nuevos, formar a prácticos e investigadores, transmitir conocimiento y asegurar el relevo. Tras haber llegado con algún retraso, el trabajo social desempeña adecuadamente estas tareas y sus trabajos de investigación se clasifican bien. Por otra parte, el trabajo social se define como una profesión, o sea, una ocupación reglamentada y encuadrada por el Estado.

Como profesión, el trabajo social está sometido a los avatares de las modificaciones de las políticas sociales. La práctica del trabajo social se verá radicalmente cambiada ya sea porque aparezcan nuevas políticas sociales, porque se modifiquen las antiguas o porque se reconfigure la estructura de los servicios sociales. Además, no hay que dejar pasar por alto los modelos teóricos que el propio Estado recomienda, cuando no pura y simplemente impone, a los trabajadores sociales. Se puede pasar de la intervención breve con el enfoque cognitivo-conductual, a la terapia breve, la terapia de impacto,

o la evaluación de competencias. Estos cambios no se producen sin sacudir la base teórica del trabajo social.

Se ha intentado evitar esta tensión calificando al trabajo social como disciplina práctica, de manera a atenuar la oposición profesión-disciplina. Por ejemplo, en los años 80, la Agrupación de unidades de formación universitaria en trabajo social (Regroupement des unités de formation universitaire en travail social) sugirió esta definición: “El trabajo social es una disciplina práctica que tiene por objeto problemas sociales tal como son vividos por los individuos, las colectividades en una perspectiva de intervención colectiva o individual centrada en el cambio social” (Lecomte, 2000, p.24). Esta definición, demasiado militante, no ha sido adoptada por las unidades de formación quebequesas en trabajo social, pero la idea de disciplina práctica ha hecho fortuna. Por ejemplo, se la encuentra en la página web de l'École de travail social de l'Université de Montréal (2010). De cualquier modo, este matiz semántico no ha cambiado la realidad: el trabajo social es reconocido por el Estado, encuadrado por el Estado y su poder es el que le ha conferido el legislador. El hecho de ser reconocido como disciplina en el mundo académico no cambia nada de su realidad práctica.

Como señala Saul Karsz, el trabajo social no puede teorizar su práctica. No bien consigue una pericia en un campo determinado, el contexto viene a poner todo patas arriba. No obstante, el contexto socio-económico es la clave de este desafío teórico:

Esto no es todo: el trabajo social está implantado precisamente en las formaciones sociales que, sin descanso, producen las situaciones que él tiene que tratar. Secretar toda suerte de desigualdades y dificultades forma parte del funcionamiento habitual de estas sociedades. Y aquí no se trata tampoco de una disfunción pasajera que el progreso social y el crecimiento terminarán por resolver, sino de una invariante, de una base ineludible. Los privilegios, las desigualdades, los impasses cambian, conocen altos y bajos, alivios e intensificaciones, pero son imposibles de erradicar en el marco del sistema establecido... (Karsz, 2004, p.50).

Esta larga cita de Karsz explica en parte la gran dificultad que tiene esta disciplina para situarse. Si consigue seguir la evolución del mundo teórico y académico, apenas consigue seguir los cambios sociales, los problemas de ellos derivados y las acciones a emprender. No termina de resolver los antiguos problemas sociales cuando aparecen nuevos problemas. En estas condiciones, la teoría también se le escapa. Si se sitúa en la práctica, pondrá el acento en la práctica, en detrimento de la teoría pura. ¿Cómo, en estas condiciones, puede optar por una teoría cuya principal característica es predecir?. La diversidad de los problemas sociales hace que todo intento de reducir la complejidad del trabajo social a una sola teoría sea bastante ingenuo:

No considero que una teoría explique las múltiples dimensiones y la densidad de lo social, la pluricausalidad de los fenómenos vinculados al hombre en sociedad. Descreo también de la viabilidad de que el Trabajo Social puede ser comprendido sin el aporte y la convergencia de perspectivas provenientes de la multidisciplinariedad y del arte (como otra forma de producir conocimiento) (Melano, 2001, p. 11) [Ver también Göppner et Hämäläinen, 2007, p. 270].

Dicho esto, ¿es un mal tan grande la ausencia de una teoría unificadora en el trabajo social? Cada vez que una teoría se impone en exclusiva, conduce casi inevitablemente al empobrecimiento del pensamiento y de la reflexión. Pues una única teoría puede llevar al dogmatismo. Hemos conocido esta situación cuando el marxismo impregnaba los movimientos sociales contemporáneos, aun cuando se trataba de una teoría que databa de la segunda mitad del siglo XIX. En psicología, el freudismo ha servido de base para la práctica, pero ejercía tal dominación que impedía el desarrollo de teorías concurrentes. Habrá que esperar el surgimiento de la corriente humanista, representada por Rogers, para ver aparecer otra concepción del psiquismo y de su tratamiento. La misma observación se aplica a la economía política de la izquierda que estuvo dominada por el marxismo y sus variantes. Aun cuando el movimiento obrero había abandonado desde hacia tiempo esta teoría, sobre todo en América del Norte, ha seguido estando muy viva en el mundo intelectual. Ha habido que esperar a los años 80 para que aparezcan otras teorías, como la de la regulación. Es gracias al debilitamiento de las ideas de Merton y Parsons que las de Weber han podido emerger. En resumen, una teoría unificadora no siempre es una bendición: "En consecuencia, hay que mantener el espíritu abierto y no permitir que los diferentes tipos de conocimiento predefinido (teorías, modelos, hechos, etc.) constituyan la única base legítima que limite nuestra visión de la realidad [traducción libre] (Blom, 2009, p.161).

Las grandes teorías que han influenciado el trabajo social venían del exterior. No hay más que pensar en el marxismo, el feminismo, la teoría de los movimientos sociales, el freudismo, la corriente humanista. El trasplante ha sido más o menos feliz. En este paisaje, la contribución del trabajo social ha sido el desarrollo de modelos de práctica, pues, a pesar de todo, a falta de esta teoría integradora, los trabajadores sociales siguen realizando su práctica e, incluso, teniendo algún éxito. ¿Cómo lo hacen?

El eclecticismo

¿De dónde vienen nuestras ideas? Grinnel y Unrau (2008) distinguen cinco fuentes: la autoridad, la tradición, la experiencia, la intuición y la investigación (p.6-11). Naturalmente, se tiene tendencia a considerar la investigación como el principal medio a través del cual un profesional aprende, se

perfecciona y mejora su práctica. La posesión de un conocimiento particular sería una condición previa para la autonomía profesional del trabajo social.

El concepto de un conocimiento fundamental para una profesión o para cualquier ocupación, reenvía a la idea de cierre de la frontera. Esto quiere decir que una profesión busca controlar un campo de conocimiento dado para excluir las otras ocupaciones a partir del dominio de este cuerpo de conocimiento... [Traducción libre] (Payne, 2001, p.134).

No obstante, el mundo del conocimiento no es el de la práctica. A veces se pretende que los trabajadores sociales van a actuar racionalmente y buscar los textos que contienen resultados que pueden mejorar su práctica. Esta constatación no es nueva pero ha sido varias veces invalidada. Ya en los años 80 se había observado que los profesionales preferían informarse a través de fuentes propias. El Council on Social Work Education tuvo un congreso específico (1977) sobre el uso que los trabajadores sociales hacían de la investigación. Entre varias conclusiones interesantes resaltaban que, si bien los trabajadores sociales no eran hostiles a la investigación, éstos no la utilizaban para mejorar su práctica. “Los trabajadores sociales no rechazan el conocimiento basado en datos concluyentes, pero aprenden a menudo de sus colegas, por la formación dada por su organización, aprenden de la literatura, como las novelas, más que de las revistas científicas de investigación social, etc. [traducción libre] (Kirk, 1984, p.18-20).

Los trabajadores sociales desarrollan a lo largo del tiempo una forma de conocimiento que traduce su comprensión de la realidad del trabajo social y de su práctica. A partir de su experiencia práctica, de su comprensión de la realidad, de la reflexión sobre su práctica y la de sus colegas, a partir de la lectura de la experiencia de otros y después de haber estudiado los resultados de investigación, los trabajadores sociales desarrollan su propia comprensión de las teorías para la práctica [traducción libre] (Watson y West, 2006, p.26).

Además, no son los únicos. Otras profesiones comparten este hecho. Su comportamiento no está pues fuera de la norma: las enfermeras, los médicos, los psicólogos hacen lo mismo.

Los trabajadores sociales deben encontrar el medio de resolver los múltiples problemas sociales o, al menos, de atenuar sus efectos. Contrariamente a otros profesionales que practican en consulta privada, como empleado del estado, el trabajador social no puede elegir la clientela y debe ayudar a la persona que se presenta en los despachos de los servicios sociales. Ahora bien, estos problemas son múltiples y no pueden ser resueltos o aliviados por una sola teoría ni un solo método de intervención.

En los servicios sociales, un trabajador social que se atiene a un único enfoque se convierte en disfuncional: no tardará en encontrar clientes que tendrán necesidad de una forma de ayuda que su enfoque es incapaz de proporcionarle. Un jugador, un drogadicto, un cónyuge violento no son tratados de la misma manera. Hay que incluir aún como variables importantes la edad y el sexo de la persona. Además, las grandes teorías permiten a los trabajadores sociales comprender; le dan una orientación y una comprensión global de la situación. A pesar de su extensión, las grandes teorías tienen la dificultad de aplicarse a situaciones concretas y particulares.

En estas situaciones tan diferentes, el trabajador social recurrirá a modelos de práctica. Estos modelos, extraídos de la experiencia y formalizados, dan cuenta de un aspecto dado del comportamiento social: se asemejan a los que nosotros llamamos teoría de alcance medio (Payne, 1997, p.47). Las teorías de alcance medio permiten penetrar la esfera de lo microsocioal y comprender mejor el punto de vista de la persona a ayudar y a encontrar soluciones posibles en un contexto cambiante. “El secreto de una buena práctica consiste en examinar qué habilidades específicas, conocimiento o acción son eficaces para permitir a los usuarios de los servicios comprender la incertidumbre que conocen y encontrar los medios para que su situación sea más satisfactoria y más soportable” [traducción libre] (Watson y West, 2006, p.26).

Como los trabajadores sociales eligen a menudo una teoría a partir de su experiencia y de manera intuitiva, se ha impuesto en trabajo social el uso de múltiples teorías. De hecho, es un conjunto de ideas y de conceptos en apariencia incoherente desde el punto de vista de la lógica, pero no de la práctica. El eclecticismo no es una falta sino una exigencia de la práctica. “La práctica del eclecticismo consiste en transferir aspectos de conocimiento de diferentes teorías para formar un nuevo conjunto de conocimientos [traducción libre] (Payne, 2001, p.141). Esta es la razón por la cual los prácticos experimentados se fabrican, con la experiencia, una caja de herramientas de donde sacan aquella que mejor se adapta a una situación concreta. Por esta razón, aun cuando los prácticos puedan tener su preferencia personal, su práctica requiere una panoplia de medios diferentes pero adaptados a la situación. Con frecuencia emplearán el enfoque preconizado por su empleador haciendo algunas adaptaciones.

El trabajo social es una profesión de improvisación, como lo son la mayor parte de las profesiones relacionadas con la ayuda. El resultado del eclecticismo es que el trabajo social se sitúa en una zona imprecisa en donde la improvisación constante no es reconocida. No obstante, es dentro de esta zona donde el trabajo social practica, se despliega y reconstruye su identidad (Blom, 2009, p.161). Algunos autores consideran que el eclecticismo conduce a un impasse porque los trabajadores sociales serían incapaces de elegir entre las diferentes teorías. Lo que provocaría una acumulación incoherente de teorías. ¿Cómo son elegidas? ¿Cuáles son los criterios utilizados para discriminar las menos

adaptadas? Esta postura, lógica en apariencia, no hace justicia a la sabiduría práctica. En efecto, los trabajadores sociales no elijen las teorías y los enfoques al azar sino que se quedan con aquellas que muestran su eficacia en la práctica. En el pasado, los modos y las exigencias del Estado han pesado mucho en la elección y utilización de las teorías. No obstante, observando con más finura la práctica de los prácticos experimentados, no podemos dejar de sorprendernos por la habilidad de los prácticos para contemporizar con las exigencias exteriores, adaptarlas, es decir eludirlas, y sacar provecho en su práctica.

Tras la experiencia, se produce una convergencia de preferencias: todos los prácticos recurren más o menos a las mismas teorías porque les parecen las más adaptadas a su práctica, las más eficaces. Así, en intervención con individuos, los modelos de intervención que se apoyan en el enfoque sistémico son efectivamente numerosos en trabajo social, pero son igualmente diversificados. Por ejemplo, el enfoque estructural es sistémico al igual que el psicosocial, pero ambos modelos de intervención desembocan en acciones muy diferentes. El primero toma en consideración los diferentes niveles de sistemas (sobre todo las influencias macrosistémicas y ecosistémicas), mientras que el otro se limita a los elementos ontológicos (la persona) y microsistémicos. Con todo, el enfoque más a menudo utilizado en la intervención individual es el ecológico (o ecosistémico) de Bronfenbrenner (1979).

En grupo, el modelo de corriente central (mainstream model) es el resultante de los trabajos de Papell y Rothman (1966) que propusieron que había tres modelos en la tradición de servicio social de grupo: el modelo de acción social (o con fines sociales), el modelo de reciprocidad y el modelo de readaptación. No obstante, estos modelos tienen rasgos comunes. Estos son los que han servido para definir esta corriente. Actualmente, la noción teórica de ayuda mutua es central en el trabajo social de grupo.

En organización comunitaria, la tipología de Rothman y Tropman (1987) ha ejercido una gran influencia en Quebec. Surgió en un momento de declive de la práctica de extrema izquierda que había transformado, poco a poco, la organización comunitaria en práctica política sectaria. En este contexto, la tipología de Rothman y Tropman (1987) tuvo por efecto clarificar la práctica. Rothman describía tres modelos principales de práctica: la acción social, la planificación social y el desarrollo local (Doucet consiguió un modelo más elaborado (1997). Más tarde, Denis Bourque et al. (2007) adaptaron esta tipología proponiendo cuatro modelos: el desarrollo local (socioeconómico), sociopolítico (acción social), socio-institucional (planning), y añadían otro modelo, el sociocomunitario (organización de la ayuda mutua) (p.14).

Estos enfoques se inspiran en teorías estructurales, institucionales y el constructivismo. En nuestra opinión, la última es la más importante pues los enfoques enseñados demuestran la capacidad de los individuos y de los grupos de actuar como respuesta a la transformación de su entorno.

El constructivismo

La gran teoría está estrechamente asociada a la modernidad, a la razón, a la ciencia, a la lógica. “Todo lo que es real es racional”, pretendía Engels. La idea es justa: lo que existe verdaderamente se comprende y se explica. De otra forma nos moveríamos en la pura irracionalidad. Sin embargo, lo que es difícil de conceptualizar no por ello es irracional: es también una cuestión de punto de vista, de intereses. La corriente posmoderna ha puesto en duda las teorías que llevan la impronta de la modernidad. A pesar de su apariencia racional, todas ellas pueden terminar siendo corrompidas en beneficio de intereses particulares que no estaban guiados por el objetivo de la democracia. Además, el crecimiento de la sociedad capitalista desembocaría en un conjunto social fragmentado, más inestable, más incierto. Desde este punto de vista, la corriente posmoderna se presume más adaptada a la realidad actual que la teoría convencional que supone una sociedad que ya no existe.

Esta crítica es en parte fundada: las sociedades conocen cambios cualitativos que vuelven caducos los antiguos postulados sobre los que se fundaban. No obstante, los posmodernos han puesto en cuestión no solo las teorías anteriores sino también los ideales que las habían inspirado: ya no sirven los ideales de libertad, igualdad y fraternidad, prometidos por la Revolución francesa, la igualdad de oportunidades del liberalismo, la emancipación de la pobreza proyectada por el Estado de Bienestar, el acceso a los derechos políticos y sociales. “En este inicio del siglo XXI, cuando la población mundial sigue estando expuesta a la amenaza de destrucción nuclear, a las experiencias incontroladas de limpieza étnica a gran escala, a las catástrofes ecológicas, a los actos de terrorismo y de sufrimiento inimaginables, se constata un escepticismo ampliamente extendido con relación a que los ideales altruistas de la época de las Luces no han mantenido sus promesas, ni ahora ni antes [traducción libre] (Noble, 2004, p.290). Desde este punto de vista, combinado con la corriente de psicologización presente en las sociedades capitalistas avanzadas, no hay lugar para la objetividad: la llamada a la solidaridad internacional, a los derechos internacionales, la justicia social, todo se convierte en objeto de sospecha y estos grandes principios no tienen sentido. Ya no existen fines, subsiste solamente la incoherencia.

Dicho esto, el posmodernismo no es homogéneo. Se puede dividir en dos ramas. En primer lugar, los posmodernos escépticos, que se placen en desconstruir todo y a veces en ridiculizar. Esta corriente es bastante tentadora para el trabajo social: todo puede relativizarse. El individualismo ambiente hace estragos por todas partes, y sería ingenuo pensar que el trabajo social se escapa a ello. Por otra parte, hay posmodernos progresistas que, si bien critican la modernidad, persiguen, no obstante, objetivos de reconstrucción (Parton y O’Byrne, p. 23). Reconocen la independencia de lo social y lo individual. Desde este punto de vista, los posmodernos progresistas tienen una concepción de la

realidad de la que no renegarían los partidarios del cambio social: la realidad existe, tiene una existencia propia pero no está determinada por la sola voluntad del sujeto. Por otra parte, la realidad no está dotada de un peso que predetermine la existencia humana. Por el contrario, aun cuando la realidad social tenga una existencia propia, está en continuo cambio; es posible formular teorías que den cuenta de ella al tiempo que la orientan, provocar una inflexión hacia los ideales de libertad y de justicia. Los posmodernos progresistas tienen una concepción de la realidad que podríamos calificar de realismo crítico y que hemos explicado con anterioridad.

El realismo crítico (sic) postula la existencia de una realidad independiente del observador. Una diferencia entre los presupuestos epistemológicos del realismo crítico y del realismo externo, es que en el realismo crítico el conocimiento de la realidad está socialmente influenciado por el contexto, pero no, como dice la corriente antirrealista, enteramente determinado por el contexto [traducción libre] (Blom, 2009, p.167).

En general, se puede comprender la corriente constructivista en un sentido próximo de la praxis. “El constructivismo, por lo tanto, apoya la idea de que no hay unos valores positivos e inmutables que se muestran como únicas verdades sociales; lo que fundamenta nuestra realidad son los relatos que construimos y compartimos con otros (Bueno Abad, 2005, p. 32). Un poco más adelante, este autor añade que el conocimiento se construye a partir de las prácticas socioculturales. En este mare magnum, se puede caracterizar así el trabajo social constructivista: “El trabajo social constructivista pone el acento en el proceso, la pluralidad de conocimientos y de puntos de vista, la posibilidad y el carácter relacional del conocimiento. Postula que los usuarios, cualesquiera que sean las circunstancias, poseen recursos significativos, tanto internos como externos, pero que la manera en que esos recursos son descritos es la clave que desvela nuevas y más fecundas posibilidades ([traducción libre] (Parton y O’Byrne, 2000, p.2). El eclecticismo del que se ha tratado más arriba, demuestra que los trabajadores sociales no meten todos los huevos en el mismo cesto: el eclecticismo es también una construcción. «El conocimiento se va construyendo desde lo relacional a través de interpretaciones sucesivas cada vez mas abarcantes. La vivencia se transforma en experiencia y esta construye la teoría explicativa de la misma. A medida que se van incorporando mas informaciones a la teoría, ésta se hace mas extensiva» (Kisnerman, 2005, p. 117). Es así como se construye la teoría en trabajo social, a partir de la experiencia que la valida. Este es el sentido que adopta el eclecticismo en trabajo social. De hecho, el eclecticismo ha encontrado en el constructivismo la base teórica que le faltaba para teorizarse.

Al trabajar cada vez más en equipos multidisciplinares, es inevitable que los trabajadores sociales utilicen o comprendan las teorías o enfoques en vigor en las otras profesiones de ayuda. Se podría

pensar que esta proximidad llevaría a una diferenciación de las disciplinas, pero no es el caso. Por el contrario, los miembros de las diferentes profesiones, poco a poco llegan a compartir y a aplicar los mismos análisis y los mismos enfoques, independientemente de sus disciplinas de origen. “Siendo la práctica una escuela de formación continua, se produciría una homogeneización de las disciplinas en el crisol de la acción” (Comité sur le travail social, 1979, citado por Alary, 1999, p.19).

Otro argumento que apoya el eclecticismo es lo desconocido, que es parte integrante de todo proceso de ayuda. Lo desconocido y el concepto de caos han aparecido recientemente en el conocimiento. La ciencia tradicional quería hacer recular las fronteras de lo desconocido para quedarse solo con el pensamiento claro, depurado, sin ideología. Pero, el mundo de la práctica es diferente: no solo no se puede eliminar lo desconocido sino que se le debe integrar, reconocerlo y transigir con él. Es el caso del trabajo social, pero también de cualquier profesión de ayuda. La razón es simple: el trabajo social trata con elementos mucho más imprevisibles que los que se encuentran en las ciencias naturales. “La naturaleza del mundo social hace que sea difícil basar el trabajo social solo en el conocimiento porque el conocimiento postula un mundo previsible” [traducción libre] (Blom, 2009, p.160)

Pero el trabajo social tiene otra faceta: es una práctica moral, de ayuda a una persona humana que está dotada de autonomía y de libertad. El trabajo social se ejerce en un continuo proceso de negociación, de intercambio. El conocimiento que desarrolla está mediatizado por la relación con el otro. Con su semejante. Y aquí es donde entra en escena lo desconocido: dos personas desconocidas se encuentran. Uno de ellos dispone de conocimientos y de un poder que le confiere la institución a la que pertenece; y el otro que, aunque demanda ayuda, sigue siendo un sujeto. El trabajador social ayuda a la persona a liberarse. “La intervención individual en trabajo social pretende, por una parte, acompañar a una persona en sus sufrimientos a fin de que ella pueda darles un sentido y, por otra, ayudarla a obtener el mayor número de recursos posible para que pueda participar activamente en su devenir individual y en el devenir colectivo de la sociedad como actora social” (Bourgon y Gusew, 2007, p.123). Como profesión, hay que preservar este aspecto de servicio.

Los niveles de formación en trabajo social: los dilemas de la enseñanza y de la práctica

En los años 90, la disciplina de trabajo social se vio instada a definir sus bases teóricas. En efecto, el Conseil des universités du Québec encargó a un comité el estudio de la situación de la enseñanza de las ciencias humanas en la universidad. Por su parte, la Agrupación de unidades de formación universitaria en trabajo social (Regroupement des unités de formation universitaire en travail social) realizó una amplia consulta para precisar el contenido de la formación en trabajo social. Al tér-

mino de sus trabajos, el Grupo de trabajo sobre las orientaciones de la formación universitaria en trabajo social, elaboró un documento (1993) que distingue tres niveles de conocimientos que el diploma de trabajo social debía contener:

- a) la formación general: este tipo de formación se asocia a veces a la cultura general y comprende "...el dominio de la lengua oral y escrita, apertura de espíritu, sentido crítico, capacidad de análisis y de síntesis; se refiere, igualmente, a una apertura a la historia, las artes, la literatura y la filosofía" (p.8);
- b) la formación básica: "...la adquisición de los elementos considerados como esenciales y primordiales en una disciplina dada [...] El término "esenciales" designa aquellos elementos que confieren a una disciplina su propia existencia, su identidad y su especificidad con respecto a otras disciplinas" (Idem, p.10);
- c) la formación especializada: "...designa en una disciplina dada los conocimientos y las habilidades más "incisivos", es decir a la vez circunscritos y profundos, de una de las dimensiones de la disciplina" (Idem, p.11). Podemos hablar aquí de un conocimiento profundo de un problema social dado o de un modelo de práctica particular.

La base está planteada, pero exige algunos matices. Por ejemplo, ¿cómo se modula la formación general desde el grado (baccalauréat) al doctorado? ¿Cómo distinguir la formación fundamental ofrecida en máster de la del grado? Para continuar estos trabajos, otro comité tomó el relevo: el "Comité continuo de formación universitaria en trabajo social". A continuación, se ha creado otro comité que ha formulado una tipología de los contenidos que deben comprender los diferentes niveles de formación en trabajo social. El comité ha comenzado por definir los cuatro ejes que deberían estructurar la formación universitaria en trabajo social:

1. el aprendizaje de los fundamentos de la disciplina;
2. el aprendizaje de la práctica profesional;
3. la formación en investigación;
4. la formación general y científica (Regroupement des unités de formation universitaire en travail social, 2005, p. 12).

En una segunda etapa, el comité ha definido lo que debía caracterizar a cada nivel de formación:

Grado: iniciación, sensibilización, adquisición, apropiación de los conocimientos básicos de la disciplina.

Máster: profundización, integración de las competencias esenciales de la profesión [...] adquisi-

ción de una especialidad de base: nuevos conocimientos y habilidades, incremento o consolidación de los conocimientos y habilidades adquiridas.

Doctorado: fuerte especialización en un campo o en un método de intervención, desarrollo de las prácticas, innovación, contribución al avance de los conocimientos y desarrollo de la disciplina y de la profesión (Idem, p.13).

Este continuum ofrece la ventaja de proporcionar un marco relativamente preciso en el que es posible delimitar lo que distingue cada uno de los niveles de formación, así como compararlos a partir de los elementos de su contenido común. Dicho esto, dejan dos preguntas sin contestar: en primer lugar, ¿cuál es el nivel de formación necesaria para practicar la profesión de trabajo social? ¿es suficiente el nivel de grado o hay que exigir el máster? Estas son las preguntas que el *Ordre professionnel des travailleurs sociaux* ha planteado a los académicos. No obstante, una vez respondidas estas preguntas, ¿qué ocurre con el contenido teórico en trabajo social, cual es el lugar de la teoría y qué teoría enseñar?

Si bien el eclecticismo representa una ventaja en la práctica, no ocurre lo mismo con la enseñanza. En efecto, ¿cómo enseñar a los estudiantes una teoría fiable cuando se sabe que con una no basta? Cuando los estudiantes van a las prácticas, se constata que se aferran a una única teoría, a menudo en detrimento de la observación de los hechos, del ritmo del cliente y del proceso. Con la experiencia, el trabajador social se familiarizará con las situaciones y se hará de su propia caja de herramientas con multitud de conceptos, enfoques e intervenciones que le ayudarán a atenuar los problemas de las personas que acuden a sus servicios. Desde este punto de vista, todas las teorías son igualmente buenas, incluidas aquellas que se derivan del sentido común (Goppner y Hämäläinen, 2007). Este tipo de conocimiento práctico ha sido denominado conocimiento Delta:

El conocimiento de tipo Delta es una capacidad para intervenir, una competencia que una persona crea y adquiere actuando en y sobre un sistema complejo (informacional, relacional) con toma de iniciativa, márgenes de libertad y necesidad de hacer elecciones cuyas consecuencias no son para ella totalmente visibles.

Esta competencia es poco transferible de una persona a otra, pero sí lo es para un individuo de una situación a otra.

Es una competencia de alguna forma personalizada y personal, co-producida por el individuo y el sistema en el que se sitúa (Gélinier, 1991:155).

Esta distancia explica el drama que viven muchos prácticos sociales. Por una parte, cuando se les in-

terpela sobre su práctica, se apoyan en una teoría que fundamenta oficialmente su acción y que pretenden aplicar: es la teoría profesada. En los hechos, cuando practican, recurrirán a lo que mejor les sirva: la teoría utilizada. La razón de ello es que el práctico debe desarrollar un conocimiento que no poseía en el punto de partida de su práctica profesional pero que él construye. Saint-Arnaud (1992) presenta esta distancia como la ley de Argyris y Schön:

En una situación difícil, existe una distancia sistemática entre la teoría profesada por el práctico para explicar su comportamiento y la teoría que practica casi sin saberlo, tal como se puede inferir a partir de un diálogo real (p.53).

Esta distancia es, sin embargo el destino de los prácticos. Por una parte, tienen que conocer las teorías en las que se inspiran. Una trabajadora social digna de tal nombre no puede dejar de lado esta teoría. De lo contrario, sería desconsiderada. Por otra parte, no pueden describir los fragmentos de teoría que combinan en un nuevo enfoque, aun cuando su práctica depende de este bricolaje creador y eficaz. A este respecto, los trabajadores sociales están condenados a vivir con la distancia señalada por Saint-Arnaud. No obstante, la investigación puede ayudar a acortar esta distancia: "...:«... necesitamos investigar desde el Trabajo Social, con un doble objetivo, obtener resultados que nos permitan conocer mejor esta sociedad en permanente cambio, y consolidar nuestra disciplina dentro del ámbito del conocimiento de la Ciencias Sociales (Perez Cosin, 2007, p. 172).

Conclusión

Si presumimos que, en el contexto social, hay lugar para la improvisación, hay lugar para el cambio, hay brechas por donde se infiltra el cambio, no todo está determinado. La misma observación vale para el contexto personal. Como toda relación de ayuda, el trabajo social no es rutinario y es, en parte, imprevisible. De donde se sigue que todas las decisiones no pueden tener una fundamentación racional y previsible. Existe la posibilidad de la contradicción y de la intuición.

A la larga, los trabajadores sociales adquieren este tipo de conocimiento personalizado, construido. He aquí por qué el trabajo social es difícil de enseñar. Es un poco como enseñar la improvisación en jazz: hay que tener una base que asegure la coherencia, pero el corazón del jazz es la improvisación. Por otra parte, los estudiantes en prácticas desconciertan a menudo a su supervisor cuando le preguntan por su marco teórico: casi siempre, los más competentes, saben lo que hacen pero sin recurrir a una base teórica predeterminada. Este es el desafío de enseñar el eclecticismo, a medio camino entre la teoría oficial y la teoría utilizada.

En la práctica cotidiana, esta base científica común permite, a su vez, la diversidad del trabajo

social y la flexibilidad de su práctica. Sabemos que la disciplina de trabajo social se ha adaptado a diversas situaciones sociales, políticas y económicas; ha contribuido también a atenuar varios problemas sociales. Desde este punto de vista, lo que aparece como una debilidad, es una fuerza en el terreno práctico.

Referencias bibliográficas

- Alary, J. (1999). Quelques enjeux de la pratique et de la formation en service social, *Intervention*, 110, 17-24.
- Asociación internacional de escuelas de trabajo social/ Federación internacional de trabajadores sociales (2001). «Définition du travail social», Definición adoptada el 27 de junio, en Copenhague.
Url: www.iassw-aiets.org
- Blom, B. (2009). Knowing or Unknowing? That is the Question : In the Era of Evidence-Based Social Work Practice, *Journal of Social Work*, vol. 9, 2, 158-177.
- Bourgon, M., Gusew A. [con la colaboración de] (2007), en J.-P. Deslauriers y Y. Hurtubise, *Introduction au travail social*, 2^e édition, Québec : Presses de l'Université Laval, 121-141.
- Bourque, D., Y. Comeau, L. Favreau y L. Fréchette (2007). L'organisation communautaire au Québec. Mise en perspective des principales approches stratégiques d'intervention, en Bourque, D., Y. Comeau, L. Favreau y L. Fréchette, *L'organisation communautaire : fondements, approches et champs de pratique*, Québec : Presses de l'Université du Québec, 14.
- Bronfenbrenner, U. (1979). *The Ecology of Human Development: Experiments by Nature an Design*, Cambridge: Harvard University Press.
- Bueno Abad, J. R. (2005). *El proceso de ayuda en la intervención psicosocial*, Madrid: Editorial Popular.
- Doucet, L. (1997). Les modèles de Rothman : « blue chips » de l'organisation communautaire. *Intervention*.104, 7-15.
- Étude sectorielle en travail social (2001). *Le travail social au Canada : une profession essentielle*, Rapport final, volume 1, Association canadienne pour la formation en travail social, Ottawa.
- Gélinier, O. (1991). Nouvelles responsabilités pour l'entreprise formatrice, en G. Paquet y O. Gelinier,

Le management en crise. Pour une formation proche de l'action, Paris: Economica, 103-121.

- Göppner, H. G. y J. Hämäläinen, (2007). Developing a science of Social Work, *Journal of Social Work*, vol. 7, 3, 269-287.
- Grinnell, R.M., E. Unrau Y M. Williams (2008). Introduction, en R. M. Grinnell y Y. E. Unrau, *Social Work Research and Evaluation*, 8^e édition, Oxford: Oxford University Press, 3-29.
- Karsz, S. (2004). *Pourquoi le travail social?*, Paris : Dunod.
- Kirk, S. A. y W.E. Reid (2002). *Science and social Work. A Critical appraisal*. New York: Columbia University Press.
- Kirk, S. A. (1984). Comprendre le mode d'utilisation de la recherche en service social, en A. Rubin y A. Rosenblatt (dirs.), *Recueil de textes inédits sur l'utilisation de la recherche en service social*. Québec : Les Presses de l'Université Laval, 7-31.
- Kisnerman, N. (2005). Aproximándonos al construccionismo, en *Pensar el Trabajo social. Una introducción desde el construccionismo*. Buenos Aires: Lumen-Humanitas, 112-124.
- Lecomte, R. (2000). La nature de travail social contemporain, en Deslauriers, J.-P. y Y. Hurtubise, *Introduction au travail social*. Québec : Presses de l'Université Laval, 18-33
- Melano, M. C. (2001). *Un trabajo social para los nuevos tiempos, La construcción de la ciudadanía*. Buenos Aires: Lumen-Humanitas.
- Miranda Aranda, M. (2007). El compromiso de la ciencia. Conocimiento y técnica en el trabajo social, *Revista internacional de Ciencias Sociales y Humanidades*, vol. XVII, 2, 10-30.
- Miranda Aranda, M. (2004). *De la caridad a la ciencia, Pragmatismo, Interaccionismo simbólico y Trabajo Social*, Zaragoza: coll. «Trabajo social hoy», Mira.
- Noble, C. (2004). Postmodern Thinking: Where is it Taking Social Work? *Journal of Social work*, vol. 4, 3, 289-304.
- Ordre professionnel des travailleurs sociaux du Québec (1998). *Les travailleurs sociaux à l'aube du troisième millénaire. Les états généraux de la profession*, Document de réflexion préparatoire à la tenue des forums régionaux, Montréal, juin.
- Papell, C. P. y B. Rothman (1966). Social Group Work Models : Possession and Heritage, *Journal of Education for Social Work*, vol 2, 2, 66-73.
- Parton, N. y O'byrne, P. (2000). *Constructive social work*. New York: St. Martin's Press.
- Payne, M.(2001). Knowledge Bases and Knowledge Biases in Social Work, *Journal of Social Work*, vol. 7, 3, 269-287.
- Payne, M. (1997). *Modern Social Work Theory*, 2^e edition. Chicago: Lyceum.
- Perez Cosin, J.V.(2007). Trabajo Social: globalización y posmodernidad, *Revista internacional de Cien-*

cias Sociales y Humanidades, vol. XVII, 2, 153-175.

- Regroupement des unités de formation universitaire en travail social (2005). *Proposition de cadre de référence pour un continuum de formation universitaire en travail social*, Comité continuum de formation universitaire en travail social, Rapport de consultation, avril, 31 pages.
- Regroupement des unités de formation universitaire en travail social (1993). *Les orientations de la formation en travail social au Québec*, Groupe de travail sur les orientations de la formation universitaire en travail social, Rapport final, mai, 53 pages.
- Rothman, J. y J. E. Tropman (1987). Models of Community Organization and Macro Practice Perspectives : Their Mixing and Phasing, en FM. Cox, J.L. Erlich, J, Rothman y J.E. Tropman, *Strategies of Community Organization*, 4^e edition, Ithasca (Ill.), Peacock, 3-26
- Saint-Arnaud, Y. (1992). *Connaître par l'action*. Montréal: Les Presses de l'Université de Montréal.
- Suppes, M. A. y C. Cressy Wells (2009). *The Social Work Experience*. Boston: Pearson.
- Université de Montréal (2010). École de service social, «Présentation» (Página consultada el 6 de marzo 2010) Adresse URL : <http://www.esersoc.umontreal.ca/>
- Watson, D. y J. West (2006). *Social Work Process and Practice*. Houndmills (Hampshire): Palgrave Macmillan,

Jean-Pierre Deslauriers

Jean-Pierre DESLAURIERS. Doctor en Trabajo Social por la Universidad de Toronto. Es profesor asociado en el Département de Travail Social et de Sciences Sociales en la Université du Québec en Outaouais. Su línea de investigación es el trabajo social, el método de investigación y el movimiento comunitario quebequense. Sus libros más importantes son "Introduction au travail social" (2007 con Y. Hurtubise, Presses de l'Université Laval); "Trabajo social internacional. Elementos de comparación" (con Y. Hurtubise, 2007 Buenos Aires, Lumen Humanitas); "La investigación cualitativa 2004", [traducción du professeur Miguel Angel Gomez Mendoza, Universidad de Pereira, Colombia], Pereira, Editora Papiro.

Dirección de contacto:

Jean-Pierre.Deslauriers@uqo.ca